

BEATRIZ OLIVENZA

REUNIDOS

No le gustaba visitar a la abuela por Navidad. En realidad, no le gustaba visitar a la abuela en ninguna fecha del año. Las dos o tres horas que empleaba desde que salía de la ciudad hasta que regresaba le producían una inquietud difícil de explicar en ella, que sentía por la anciana una adoración sin fisuras. Pero eran tan difíciles de conjugar el amor y los remordimientos. Y ahí estaban, inevitablemente, esas punzadas de culpabilidad que parecían ensuciarlo todo: cuando sentía pereza por tener que conducir por carreteras perdidas, cuando pensaba en que debía ir más a menudo a aquella casa en la que tanto había jugado de niña, cuando durante la visita no podía evitar mirarse a hurtadillas la muñeca para espiar el avance de las manecillas del reloj. Y para colmo, la alegría sincera de la abuela al recibirla, su absoluta falta de reproches. El sentimiento de culpa se la comía.

-Mi nieta más guapa, qué felicidad –exclamaba siempre la viejecita de rostro redondo desde el umbral. Lo decía sinceramente. Para Irene habría sido más fácil si hubiera pensado que lo decía por decir.

Odiaba visitar a la abuela por Navidad, pero allí estaba, surcando en Nochebuena las carreteras estrechas sobre las que la nieve había comenzado

a solidificarse. Le había costado una discusión con su novio por ausentarse cuando había tanto que preparar, pero había sido un impulso irrefrenable, que ella misma no sabía explicarse.

-Pero, Irene, precisamente esta noche. Ya irás mañana –clamaba el novio, malhumorado.

-Que no, que tiene que ser hoy.

Salió del apartamento sin despedirse. La previsión meteorológica anunciaba nevadas en la sierra. En cuanto comenzó la ascensión, la cinta de asfalto desapareció bajo una capa de nieve y tuvo que detenerse en el arcén para colocar cadenas en las ruedas delanteras. Conducía muy despacio, con los dedos apretados sobre el volante. Llevaba las manos sucias y los zapatos embarrados. Iba a llegar tarde a la cena con su familia política y seguramente le aguardaba una discusión más con su novio, aquella noche. Cómo odiaba visitar a la abuela por Navidad.

Cuando abandonó la carretera para tomar una desviación flanqueada de árboles, una niebla pesada envolvió su vehículo. Daba igual. Habría podido conducir con los ojos vendados. Aquel camino lo había recorrido mil veces desde niña, a pie, en bicicleta, en moto. En la radio, el locutor alertaba de los peligros de la conducción con el temporal de nieve. Dentro del bolso, se oyó el tintineo de su teléfono móvil. Era la tercera vez desde que salió de casa; su novio, sin duda. Lo dejó sonar. Aparcó junto a la masa de piedra gris que apenas se entreveía en la niebla, se puso el abrigo y se bajó del coche. Subió los escalones por los que en más de una ocasión había rodado de pequeña. Se volvió a mirar el jardín: por encima del grueso manto de la niebla, debía de estar cayendo la noche. Pulsó el timbre.

-Irene, mi nieta más guapa. Qué felicidad.

La abuela había lanzado su habitual saludo después de unos segundos de vacilación, que a Irene se le antojaron demasiado largos. No la esperaba esa noche, sin duda. Estaba claro, además, que la había interrumpido en sus tareas domésticas: llevaba las manos ocupadas con un cuenco y una cuchara de madera, y tenía puesto el delantal que Irene le había regalado en su último cumpleaños. La nieta sonrió, sintiendo un calorillo grato que le subía por las piernas. Se besaron y entraron en la casa; un olor delicioso salía de la cocina.

-Qué rico, abuela, ¿qué estás cocinando?

La abuela la ayudaba a quitarse el abrigo y la bufanda, sonriendo misteriosa.

-Ya verás, ya verás, Irene. Cosas que te gustan mucho. Que os gustan mucho a todos.

Irene iba a preguntar a qué todos se refería, pero la abuela ya se escapaba por el pasillo en penumbra y tuvo que apresurar el paso para seguirla hasta la cocina, iluminada y olorosa. Era una habitación inmensa, con muebles sólidos, de madera oscura. En el banco de roble que ocupaba la esquina habían reclamado ruidosamente su merienda todos los primos, sentados con los pies colgando, durante infinitas tardes de verano. Ahora la cocina estaba desierta, pero no silenciosa: el ruido de la chiquillería había sido sustituido por el barbotar de los cazos al fuego, el reloj que controlaba el tiempo del horno, el chisporroteo del aceite caliente. Una veintena de platos estaban distribuidos sobre la encimera y la mesa de madera. Había varias bandejas repletas de canapés multicolores. Una salsa de textura untuosa se agitaba sobre el fuego. Del horno salía un olor dulzón, que acariciaba la nariz. La abuela empezó a

correr del fuego a la encimera y de la encimera al horno con agilidad de jovencita. Irene se detuvo, sorprendida, en el umbral.

-Pero abuela, cuánta comida.

Entonces, al ver cómo la anciana se inclinaba para inspeccionar el contenido del horno, descubrió que por debajo del delantal le asomaban los bajos de un vestido gris perla, muy elegante. La abuela se había puesto sus mejores galas y llevaba unos zapatos altos, forrados a juego con el vestido. Irene sonrió.

-Abuela, tú esperas visita.

Lo dijo sin disimular la decepción: treinta kilómetros sobre la nieve, la discusión con su novio, el regreso apresurado y las caras de reproche de los suegros. Y todo porque la abuela estaba tan sola, allí en mitad de la sierra, en Nochebuena.

La anciana estaba probando la salsa que tenía sobre el fuego y se quedó con la cuchara de madera en alto, mirándola sorprendida.

-Pues claro, cariño, como todas las Nochebuenas. Es que hace mucho que no te pasas por aquí en esta fecha.

A Irene le sonó a reproche. Se alejó camino del salón, remoloneando por el pasillo, queriendo disimular la vergüenza que le había sonrojado las mejillas. Se dejó caer en el sofá y hojeó revistas, sin prestar atención a ninguna. Desde las paredes, la espiaban los retratos de primos, tíos y demás parentela. Quién estaría invitado a la cena de Nochebuena. Si era el tío Jaime con aquella estúpida de su segunda mujer, iba a ser demasiado para soportarlo. Sonó una vez más el timbre de su teléfono móvil: de un manotazo, abrió el bolso y pulsó

la tecla roja que cortaba la comunicación. Ya se acercaba el taconeo de la abuela pasillo adelante.

-Hala, ya está, ya he apagado el fuego. Cuéntame tus cosas, cariño. Qué tal ese novio tuyo, ay qué cabeza la mía, cómo se llama.

Irene habló durante un rato, sin mucho entusiasmo. Los trabajos de ambos, los planes de futuro, la casa. La familia política. Los amigos comunes. De boda, nada, por el momento. Como atraído por un reclamo, el móvil de Irene dejó escapar en ese punto su musiquilla cantarina; la abuela se puso en pie y abandonó la habitación, sonriendo con picardía.

-Ay, el enamorado, que no te deja a sol ni a sombra.

Irene se quedó sola, mirando la luz intermitente del teléfono que salía por la abertura del bolso. Lo sacó y se lo puso en el regazo; en la pantalla, un cartel con el nombre de su novio se encendía y se apagaba rítmicamente. Irene pensó que él estaría arrepentido de la bronca y sintió que el enfado se le derretía por dentro. Pulsó la tecla verde y se llevó el teléfono al oído.

-Dime.

La voz de él sonó agitada; Irene se lo imaginó deambulando por el apartamento, dando vueltas por el mínimo salón, esquivando muebles.

-Irene, ¿estás ahí? ¿Por qué no me cogías el teléfono?

-No lo he oído, perdona –mintió ella, con voz vacilante-. ¿Han llegado tus padres ya?

Se hizo un silencio espeso, interrumpido sólo por la respiración de él. Y de pronto, vuelta a empezar:

-Irene, ¿estás ahí? ¿Me oyes? ¿Va todo bien?

Esta vez, Irene contestó casi a gritos: Sí, le oía perfectamente, todo iba muy bien, estaba ya en casa de la abuela, no tardaría mucho. De nuevo el silencio espeso, y la respiración agitada, y por tercera vez la retahíla:

-Irene, no te oigo, espero que vaya todo bien. Llámame cuando puedas. Y cuidadito con la carretera, niña. Y no tardes mucho.

Cuando se cortó la comunicación, Irene se quedó mirando fijamente la pantalla iluminada del teléfono. Las barritas que indicaban el nivel de cobertura estaban en su altura máxima. Desde dónde la estaría llamando él, para que no le fuera posible oírla. En ese momento, regresaba la abuela, blandiendo una bandeja enorme llena de croquetas.

-¿Hay problemas para utilizar aquí el móvil? –preguntó Irene mientras la ayudaba a traer una mesita baja junto al sofá.

La abuela no contestó: depositó la bandeja en la mesa, se sentó en un sillón enfrente de su nieta, señaló las croquetas humeantes con orgullo de cocinera.

-Son de jamón, cariño. Tus preferidas –dijo.

Retomaron la conversación en el punto en que la habían dejado. Irene sólo veía una razón para casarse: un viaje largo, al otro lado del océano, al Extremo Oriente, a las antípodas. Mientras hablaba observaba la superficie curva, dorada, de las croquetas, pulcramente colocadas en círculos concéntricos. Habría querido extender la mano y tomar una, pero no lo hizo. Siguió hablando. La abuela, siempre tan atenta, la escuchaba sonriente, pero algo abstraída: de vez en cuando, la mirada se le desviaba hacia el gran ventanal a espaldas de su nieta. Sin dejar de hablar, Irene se dio la vuelta y miró por encima de su hombro. Las cortinas estaban descorridas, y a través de

los cristales se veía un muro blanco que cubría por completo la noche. A Irene se le escapó una exclamación.

-Pero abuela, quién va a venir hasta aquí, con esta niebla.

Iba a añadir: *No todos están tan locos como yo*, pero no lo hizo. La abuela sonrió.

-Oh, sí vendrán, cariño. Claro que vendrán.

Las croquetas, redondas y simétricas, ya no desprendían humo, e Irene tomó una entre los dedos índice y pulgar. Iba a llevársela a la boca: no pudo. Extrañada, observó la capa rugosa de pan rallado que envolvía aquella esfera casi perfecta. Hizo un esfuerzo por acercarse la mano a la cara, vio cómo la croqueta aumentaba de tamaño camino de su boca, pero en el momento final, tuvo la curiosa sensación de que no era algo comestible lo que estaba a punto de introducir entre sus dientes, y dejó caer la mano en el regazo, desconcertada. Un rastro de miguitas de pan rallado le cruzaba el pecho. Se echó a reír, azorada.

-Qué torpe soy, abuela. Siempre me mancho.

Le pareció detectar un gesto de tristeza en el rostro de la anciana, pero fue una impresión fugaz: después de depositar la croqueta intacta en una esquina de la bandeja, volvió a alzar los ojos hacia ella y se la encontró de nuevo sonriente, animada.

-Cuéntame de tu hermana, cariño. Y tus sobrinos. Hace tanto que no los veo.

Irene habló largo y tendido; era un tema socorrido, aquel de los niños. Los primeros dientes, las palabras balbuceadas, las guarderías y las enfermedades. Los parecidos: los ojos de la mamá, las orejas del suegro, las

patas de alambre del padre. Se reían a carcajadas, cómplices, abuela y nieta. La anciana tuvo que ir una vez más a la cocina a ultimar los preparativos. Irene se acercó mientras al ventanal: un grueso envoltorio de niebla ceñía la casa. Los árboles del jardín, su coche, el mundo, habían desaparecido. Oyó que a sus espaldas la abuela regresaba al salón. Se decidió a preguntar.

-Quién va a venir esta noche, abuela. No será el tío Jaime.

La abuela trasteaba colocando el mantel y las servilletas en la mesa rectangular del comedor. Irene se acercó a ayudarla.

-No, cariño. El tío Jaime no. Ese no se molestaría. Vendrán mi hermano Lucas, y su mujer. Y su hijo Pablo. Y mis dos hermanas mayores. Y tu abuelo.

Las últimas tres palabras fueron pronunciadas con una calidez especial: *Y tu abuelo*. Irene aprovechó que había una servilleta mal doblada para mantenerse unos segundos con la cabeza baja y la melena hacia delante, cubriéndole la cara. *Y tu abuelo*. Los dedos le temblaban, tuvo que desdoblar la servilleta para volverla a doblar. Y otra vez más. Qué torpes, aquellos dedos. La abuela, mientras, había ido a la cocina en busca de los platos. De reojo, sin decidirse a levantar la cara, Irene la observó mientras los colocaba. Tres en uno de los lados largos de la mesa: para Lucas, su mujer y su hijo. Otros tres enfrente: para la abuela y sus hermanas. Uno en el lugar de honor: para el abuelo. Se había quitado el delantal y estaba resplandeciente, con su vestido gris perla. Irene sintió una lástima infinita.

-Pero, abuela –consiguió decir en un susurro-. No van a venir.

La anciana colocaba un último plato en el otro extremo de la mesa, frente al del abuelo.

-Esta vez, no voy a presidir yo la mesa –decía, sin atender-. Qué gusto, ceder el puesto, por un motivo así.

Salió corriendo a por los cubiertos; paralizada junto a la mesa, Irene esperó a verla regresar. La vio distribuir cuchillos y tenedores, con un cuidado infinito, colocando y recolocando cubiertos hasta que estuvieron perfectamente paralelos. Irene pensaba si habría sido así, todas esas últimas Nochebuenas. Pobre abuela, allí sola, tantos años, en medio de la sierra.

-Veremos el asado, veremos el asado –seguía la anciana, incansable-. No estoy acostumbrada a prepararlo en medio de tanta conversación. Pero hablar contigo no lo cambio por nada, ¿sabes, cariño? Por nada.

Dio unos cuantos viajes más entre el salón y la cocina: las servilletas, las copas, el vino, las bandejas repletas de canapés. Irene la seguía sin rechistar, como sonámbula. Iba pensando en el abuelo, al que fue a visitar de niña en el hospital cuando se estaba muriendo; en Lucas y su familia, muertos en aquel accidente de avión; en las hermanas mayores de la abuela, a las que ella no había llegado a conocer. La abuela colocó el último plato en la mesa y se dejó caer en el sofá, exhausta y satisfecha.

-Está bonito, ¿verdad, cariño? He trabajado mucho, pero qué menos. La ocasión lo merece, estar todos reunidos.

Irene asintió con la cabeza. Había llegado el momento: sólo podía decirle la verdad a su abuela o alegar que era muy tarde y la estaban esperando, y marcharse sin más. La anciana meditaba, pensaba en voz alta, tal vez.

-Sé que puede parecer absurdo, tanta comida, y que no puedan comerla. Es una lástima. Pero les gusta tanto verla... y a mí cocinar para ellos... Se acuerdan de los viejos tiempos... ¿Sabes, Irene? Nos acordamos todos.

Irene sintió entonces un impulso irrefrenable de actuar. Ella misma no sabía lo que iba a hacer, lo que iba a decir: se plantó en medio de la habitación, delante del sofá, y pronunció dos palabras.

-Escucha, abuela.

No pudo continuar. La abuela no le prestaba atención: se había erguido en su asiento, tenía los ojos fijos en el ventanal. El rostro le relucía, parecía veinte años más joven.

-Ya han llegado, Irene –dijo.

Irene sintió un trallazo que se le descolgaba desde la nuca, espina dorsal abajo. Nada parecido a los miedos que había creído sentir desde la infancia; este era un pánico real, paralizante. Volverse hacia la ventana le costó un esfuerzo dolorosísimo. Le pareció que su propio movimiento era de una lentitud exasperante, que duraba una eternidad. Entonces los vio. En medio de la densa capa de niebla, las seis figuras desvaídas que pasaban frente al cristal, deslizándose en dirección a la puerta. La última, alta y de hombros cargados, le resultó muy familiar. Era el abuelo.

La abuela debía de llevar un rato hablándole, pero a Irene le costó discernir el sentido de sus palabras. Cuando se volvió hacia ella, le pareció una extraña, de repente. Había una gravedad en su voz, un tono profundo, opaco, que ella no le conocía.

-No tengas miedo, cariño. Dicen que al principio siempre da miedo, pero luego se pasa. Tarde o temprano, a todos nos llega. A mí me llegará, muy

pronto. Lo que siento es que en tu caso haya sido tan temprano. Esta carretera, esta nieve... es tan peligroso conducir hasta aquí... Siempre temí que ocurriera.

El timbre de la puerta sonó en ese instante. La abuela le tendió una mano cariñosa, que no llegó a rozarle la cara. Se alejó pasillo adelante; Irene oyó que abría la puerta y saludaba, y oyó o creyó oír voces que correspondían a su saludo. Como en un sueño, miró a su alrededor, recorrió con la vista los platos dispuestos para la cena, se detuvo en el último que había colocado la abuela, en un extremo de la mesa. Y en ese instante recordó. El patinar de las ruedas sobre el hielo, el desplazamiento del vehículo fuera de la curva, la loca carrera pendiente abajo, el choque contra el árbol. Un estrépito de hierros retorcidos. La oscuridad.

Se oían ya unas pisadas leves, susurrantes, acercándose por el pasillo. Lentamente, Irene se dejó caer en el puesto que su abuela le había cedido, el que presidía la mesa, enfrente del abuelo. Y justo entonces, del interior de su bolso se escapó la musiquilla festiva, tintineante, de su teléfono móvil. Desde la distancia infinita que separaba la mesa de su bolso abandonado sobre el sofá, Irene escuchó las notas cantarinas que ascendían, crecían, se dejaban caer en cascada y finalmente, de golpe, se quedaban mudas.

Beatriz Olivenza Bernardo